

# Un Papa sorpresa



**E**n las listas de papables no figuraba Wojtyla. Seguidamente predominando los italianos. Incluso nuestros cardenales españoles —salvo Jubany, el arzobispo de Barcelona— declararon ante las cámaras de Televisión ser partidarios de un italiano. El mismo Tarancón —el aparente progresista— volvió de su inicial postura cuando anunció, al salir Papa monseñor Luciani, que éste sería el último Papa italiano de nuestra época. Después —en ese ir y venir que parece ya su costumbre eclesiástica— se desdijo, y vaticinó, en vísperas del último cónclave, un nuevo Papa italiano. Siempre ocurre lo mismo: la pesada máquina curial retrasa toda posible innovación, y frena cualquier cambio decisivo, porque crea una mentalidad rutinaria que prefiere el inmovilismo al cambio.

Pero el tiempo de esta deseada transformación llegó por fin. El domingo de las primeras votaciones de los cardenales que iban a elegir Papa llevaban la delantera Siri y Benelli. Siri, el ultracconservador inteligente y de mal carácter, que pocos días antes había hecho unas imprudentes declaraciones a un periodista de Turín, en las cuales, ante la pregunta que se le hizo sobre la colegialidad de los obispos aprobada en el Concilio, contestó: "¿La colegialidad? No sé lo que es esto".

Aguzaba así, con esta abrupta declaración, un gobierno centralista y dictatorial que no podía gustar a los obispos del resto del mundo, acostumbrados ya a las reuniones en Roma del Sínodo Episcopal que congregaba a una representación universal de prelados que empezaban ya a coger, en estos últimos años, el pulso de toda la Iglesia.

Por eso, Siri, el señorial arzobispo de Génova, había perdido con estas declaraciones la oportunidad de ser elegido Papa, a pesar de sus muchos votos. Y, por si algún cardenal no estaba bastante enterado de su postura, al levantarse el domingo, dentro del cerrado recinto del cónclave, pudieron leer el periódico, metido "casualmente" por debajo de la puerta de los dormitorios, que reproducía el brusco pensamiento conservador del candidato a Pontífice promovido por la Curia romana. El menos conservador, Benelli —su máximo contradictor— ganó puntos entre los extranjeros, a pesar del carácter presuntuoso y poco flexible de que dio muestras en la Secretaría de Estado, antes de ser arzobispo de Florencia.

En aquel memorable domingo empataron por eso los dos antagonistas, sin que se viera clara perspectiva.

Pero König —el cardenal de Viena— y Jubany —el de Barcelona— hicieron una hábil operación: el acercamiento a los obispos del Este y del Tercer Mundo,

ayudados por monseñor Krol, el norteamericano que había conocido a Wojtyla en sus respectivos viajes a sus diócesis, y en el trato con los pacientes y profundos creyentes que son los dos millones y medio de polacos que viven en USA.

La balanza empezó el lunes a inclinarse rápidamente hacia este hombre del Este, sano, vital, profundo y firme en su fe, sin caer en ingenuidades conservadoras ni progresistas. Su experiencia, en un ambiente oficial hostil a la religión, le había proporcionado un gran conocimiento práctico del tema que —de un modo u otro— está latente en el mundo de hoy: el olvido de Dios.

Sea por un ataque más o menos sistemático a la libertad religiosa, sea por un clima de indiferencia ante el problema básico de toda religión, el caso es que la característica de nuestro mundo es la de ser un mundo que ha relegado a Dios al desván de las cosas de otros tiempos. Y a unos cardenales no italianos, menos preocupados que los italianos de su dominio personal y más de la problemática religiosa del presente, dirigieron su mirada a quien —desde una postura de experiencia, firmeza y habilidad diplomática sincera— podía enfrentar la más grave cuestión de nuestra época.

Por eso salió a la octava votación, celebrada en la tarde del lunes 16 de octubre, un Papa polaco que entró en el cónclave sin pensar en ser Papa, como también les había ocurrido a dos de sus predecesores: a Juan XXIII y a Juan Pablo I.

Hay creyentes ingenuos —entre ellos, algunos cardenales— que atribuyen todo este juego de votaciones encontradas y difíciles a una sorprendente acción directa del Espíritu Santo, como hemos podido escuchar o leer en sus declaraciones de estos días. Pero un hombre realista, y no por eso menos religioso, el cardenal Villot, camarlengo durante la sede vacante del Papa y secretario de Estado con los tres Papas últimos —incluido el actual, que le ha confirmado en su cargo—, presentó el proceso electoral de modo muy diferente: la acción de la Providencia, para un creyente inteligente, no se realiza por arte de magia. La Providencia —como decía Santo Tomás hace siete siglos— la ejercen los hombres con su acción racional, y no con inspiraciones fulgurantes que, como fuego de artificio, saltan de repente, cambiando espectacularmente el curso de la Historia. Antes de entrar en el cónclave, recordaba este sereno cardenal francés: "Es en tanto que hombres, como sin duda somos responsables de lo que ocurra; pero siempre siendo hombres de carne y hueso es como nos hará falta proceder a la misión que nos ha sido confiada". Por eso añadía: "El resultado no será nunca un mi-

lagro, sino el resultado conjunto del trabajo y de las oraciones de los hombres que pretenden ser, ante todo, amigos de Cristo y seguidores de su mensaje".

Menos mal que no ha salido Siri, el hombre que veía con temor la influencia de los obispos del mundo entero en el Gobierno italianizante de la Curia romana, que ejercía su hegemonía sobre la Iglesia toda desde hacía cuatro siglos. Y llegó a decir, antes de entrar los senadores de la Iglesia católica en ese infantil encierro dentro de la Capilla Sixtina: "El Sínodo mundial de obispos no puede ser una institución deliberadora de la Iglesia católica; hacer esto sería decapitar al Papa".

Ni tampoco hemos caído en las elegantes y bienintencionadas actitudes de un hombre más abierto al mundo democrático actual, pero demasiado autocrático y excesivamente condicionado por la democracia cristiana italiana, como Giovanni Benelli, el eclesiástico que durante su estancia en la nunciatura de España fue un decidido antifranquista, pero que en Italia favorecía la política anticomunista de la democracia cristiana del centro y de la derecha de ese país todavía gobernado clericalmente después de la guerra mundial de 1939 a 1945.

Han elegido los cardenales de menos de ochenta años a un hombre que cree en la colegialidad de los obispos y no pretenderá gobernar en solitario, como hizo Pío XII para defenderse de su propia Curia, ni caerá en las actitudes del temeroso que fue Pablo VI, ni en las preocupaciones y luchas del hipersensible Juan Pablo I. Ya he dicho que él contará con sus colegas de todo el mundo, y que la Iglesia —según su experiencia en el mundo comunista y en el mundo occidental— es para él la única voz que en muchos países, donde se conculcan los derechos humanos, está predicando y luchando insistentemente por la paz y la justicia cuando éstas son conculcadas.

Hoy, el panorama de una Iglesia encerrada en sí misma, está a punto de ser superado, porque la Iglesia polaca ha sido una Iglesia abierta a los problemas de su mundo, mundo aparentemente más difícil, pero más claro y menos siniestro que el occidental, falsamente llamado todavía heredero de la civilización cristiana, cuando ésta ha desaparecido de la vida cotidiana y social hace muchos años por la incuria o falta de perspectivas de los católicos de Occidente. ■